

les y por las matemáticas. En el campo de las ciencias de la naturaleza, los nuevos jesuitas crearon una red de setenta observatorios por todo el mundo, a lo que se dedica el capítulo 6. Con un carácter monográfico, se destacan las aportaciones desde África, Asia y América Central y del Sur al conocimiento de los ciclones tropicales, al estudio de los terremotos y a la interpretación del magnetismo terrestre.

Al finalizar este recorrido histórico a lo largo de 500 años, queda flotando la pregunta: ¿cómo explicar esta tradición científica única en la Iglesia católica por sus características? En el epílogo se apunta una respuesta. La raíz se podría encontrar en la espiritualidad ignaciana que trata de encontrar a Dios en todas las cosas.

Los jesuitas –tal y como formuló el papa Benedicto XVI– deben estar en las fronteras donde es más vivo el debate entre la fe y la justicia. La reconciliación de la humanidad con la naturaleza, consigo misma y con Dios pasa por una insistencia en la investigación científica. Así lo expresa Udías en este libro: “El trabajo paciente en observatorios y laboratorios es para el jesuita tan propio como el predicar y administrar los sacramentos. La ciencia como conocimiento y como instrumento en bien de la humanidad y de la propagación de la fe cristiana ha sido a lo largo de esta larga tradición un camino por el que los jesuitas se han atrevido a caminar”.

Leandro Sequeiros, SJ

EMONET, Pierre, *Ignace de Loyola. Légende et réalité*, Lessius, “Petite Bibliothèque Jésumite”, Bruxelles 2013, 192 pp.

Recientemente (2012), la editorial Lessius de los jesuitas belgas, emprendió la tarea de crear una colección llamada *Petite Bibliothèque Jésumite* con la intención de publicar temas relacionados con la historia y la actualidad de los jesuitas. Así nos llega

este libro-retrato en 19 capítulos sobre la fascinadora figura de Ignacio de Loyola. ¿Otra hagiografía? Sí y no. Quizás en el Bicentenario de la Restauración de la Compañía de Jesús (1814-2014) suponga otra aportación con el fin de ahondar más en el origen, carisma y la sociedad fundacional (el grupo de los primeros jesuitas). Por una parte, se traza el recorrido de Ignacio desde su niñez hasta su “muerte ordinaria” descubriendo una santidad desde lo más ordinario de su experiencia espiritual lejos de toda aureola puesta antes de tiempo (“leyenda dorada”). Además, P. Emonet se documenta con fuentes históricas (*Autobiografía, Ejercicios, Constituciones, Epistolario* y aportaciones de los primeros compañeros jesuitas) para dibujar el retrato de Ignacio de Loyola. De otra parte, se evita encontrar en su figura cualquier apostilla estratégica y/o maquiavélica (“leyenda negra”). El autor sitúa a Ignacio entre esas dos recepciones de su vida: la dorada y la negra, leyendas transmitidas de generación en generación. Pero se sirve de la *Autobiografía* como hilo conductor de esta obra.

Por un lado, Ignacio de Loyola en su ajetreada vejez (entre 1553 y 1555), en el albor de otro paso que dar, recuerda su vida, sus vaivenes geográficos y su nomadismo teologal a su compañero jesuita L. G. da Câmara. La *Autobiografía* es “auto” porque habla de sí mismo. Por ello, resulta un autorretrato. Sin duda, una polifonía (Mijaíl Bajtín), a varias voces: Dios, mediaciones, sí mismo, L. G. da Câmara, fracasos, éxitos, voluntades, afecciones, órdenes y desórdenes y un sinfín de entrecruzadas voces. Autorretratarse da miedo. Es exponerse. Ponerse hacia fuera, hacia la opinión de otros. Autorretratarse es seguir el adagio delfico, “conócete a ti mismo”. Si Ignacio de Loyola no hubiera comunicado nada de su recorrido, habría caído en el lodazal del reflejo a sí mismo. Pero, finalmente, ante la insistencia de los otros, esos amigos y compañeros también de camino, claudica y transmite. Ésta es la palabra clave: “trans”.

Prefijo donde los haya, de reforma y de cambio, conversación y conversión. Ignacio versa su vida a los demás, a la Compañía, a la *societas* en crecimiento y en expansión, en evolución y en revolución. Transportar, transformar, transmitir. Todas ellas marcadas por el “trans”, esta partícula determinante de viaje (camino) y de viraje (cambio). Las pocas páginas iniciales de este libro son dedicadas a su infancia y juventud, entre la casa-torre de Loyola y la corte de Juan Velázquez de Cuéllar y el II Duque de Navarra. P. Emonet pone en paralelo a Ignacio y *El Quijote*, por todo el bagaje cultural y caballeresco de su formación hasta 1522. Muchas serían las consideraciones a contrargumentar este supuesto. Una sería: Ignacio vive “el ideal caballeresco” como forma cortesana: *El Quijote* sobrevive en su decadencia burlesca. Sin embargo, al autor le sirve para proyectar a Ignacio en un camino. Al igual que en las novelas caballerescas, Ignacio se pone en camino después del balazo en la batalla de Pamplona. Esto será determinante, entre sus lecturas y movimientos internos.

En él hay momentos fundantes: Manresa constituye uno de ellos. A él le dedica cuatro capítulos. El primero, un esbozo de su vida allí (cap. IV). El segundo, unas apostillas sobre los Ejercicios Espirituales y las fuentes que los inspiraron (cap. V). El tercero, una perspectiva mística de su experiencia (cap. VI). Y el cuarto, una aproximación psicoanalítica (Meissner) del cambio que experimenta Ignacio en Manresa (cap. VII). Los cuatro configuran una unidad temática en torno al sentido y significado de Manresa.

Por otra parte, se puede entrever un movimiento delineado que va desde Jerusalén (“ideal contrarié”) hasta Roma, la nueva Jerusalén. Son los capítulos VIII-XVII. Jerusalén es la *tópica* de la peregrinación, el horizonte ideal. La identificación con Cristo era estar allí. No obstante, la contrariedad surge otra vez ante la imposibilidad de quedarse en Tierra Santa. El autor aquí dedica

unas líneas a la importancia de “ver” (cf. p. 71). Sin duda alguna que el uso del “ver”, “la vista”, “viendo” o el “ojo” en Ignacio es importante. El ojo ayuda a crear un imaginario y a seguir e imitar a Cristo. P. Emonet distingue la escucha como el sentido utilizado a lo largo de la Edad Media y la vista como la prioridad del Barroco. No obstante, el uso del “ojo interior” es bien heredado desde san Agustín y suficientemente elaborado por la escuela victoriana (Hugo y Ricardo de san Víctor), sin mencionar la función visual en la mística renano-flamenca de los siglos XII y XIII (cf. F. Hamburger, 2006). Ignacio sólo fue a Jerusalén y sólo de allí volverá para comenzar otra etapa: los estudios en Barcelona, Alcalá y Salamanca. Pero la soledad ahora se acompaña de otros que le siguen. El autor traza esta etapa bajo la sombra de la Inquisición y los procesos que sufre Ignacio a razón de sus *Ejercicios* y de su estilo de vida. Es una etapa de estudios pero sin celo por ellos, pues lo apostólico bombea más fuerte. Es París, la gran etapa constituyente. Primero, por la dedicación más seria y rigurosa en los estudios. Segundo, por hacerlo junto con un grupo de compañeros. *Incipit nova vita*, se siembra una nueva vida: un grupo de hombres viviendo a la apostólica. Será el germen de la Compañía de Jesús (“hombres por un mismo ideal”, cap. X). París da un lenguaje y un proyecto común canalizado por los estudios, los *Ejercicios* entre ellos y los votos de Montmartre un 15 de agosto de 1534 prometiendo ir a Jerusalén y, si no fuese posible, ponerse a disposición del Papa para lo que dispusiere. El autor resigue la historia hacia la deliberación del grupo (1539) para constituirse en cuerpo apostólico: la Compañía de Jesús (caps. XII-XV). Los capítulos XVI y XVII están dedicados a las mujeres y la relación con Ignacio de Loyola; y a la fragilidad de la “amistad en el Señor” en el caso de los compañeros jesuitas Simão Rodrigues y de Nicolás Alonso de Bobadilla. Dos aspectos que, otra vez, marcan la realidad vivida por Ignacio.

Por último, P. Emonet finaliza el retrato con sus capítulos XVIII-XIX dedicados a lo reformador, véase innovador, de ese cuerpo apostólico llamado Compañía de Jesús y no “iniguistas” (cf. p. 111); y lo ordinario de la muerte de Ignacio en Roma (1556). Él narra y conversa, una *analepsis* desde su vejez al más puro estilo proustiano, en la búsqueda del tiempo perdido pero ganado para la mayor gloria de Dios. Es un acto creador como la paleta de Matisse, la piedra de Miguel Ángel o la pluma de Salinger. En todos hay un sacrificio y un proceso. Concluyamos diciendo que este retrato es una visión sintética, total y divulgativa ofrecida por el jesuita suizo Pierre Emonet. Una tesis: ir más allá de dos leyendas (dorada y negra) sobre Ignacio de Loyola mediante el hilo conductor de la *Autobiografía*. Una antítesis: resituar la vida ordinaria de Ignacio. Y, finalmente, una síntesis: confirmar los propósitos iniciales del autor, poner en cuestión toda leyenda dorada y negra sobre Ignacio de Loyola para acercarse a su realidad.

Eduard López, SJ

LIBROS RECIBIDOS

AA.VV., *Del conflicto a la comunión. Commemoración Conjunta Luterano – Católico Romana de la Reforma en el 2017*, Sal Terrae, Santander 2013, 118 pp.

FORTE, Bruno, *Una teología para la vida. Fiel al cielo y a la tierra*, PPC, Madrid 2013, 218 pp.

GIRAUD, Gaël, *La ilusión financiera*, “Presencia Social n° 37”, Sal Terrae, Santander 2013, 206 pp.

KASPER, Walter, *El Dios de Jesucristo*, “Presencia Teológica n° 208”, Sal Terrae, Santander 2013, 507 pp.

TABORDA, Francisco, *En las fuentes de la vida cristiana. Una teología del bautismo-confirmación*, Sal Terrae, “Presencia Teológica n° 207”, Santander 2013, 326 pp.